



LA APARICIÓN  
GUADALUPANA

REFERIDA Á LOS NIÑOS

I

*El Tepeyac.—El Indio Juan Diego—La música maravillosa.—El coloquio de la Virgen.—El recado del enviado.*

Mis amados niños, voy á referiros una historia, que no dudó veréis con mucho gusto, porque es la mayor gloria de nuestra patria y de la Religión en México. En ella nos ocuparemos algunas veces y os ruego la atendais debidamente. A una legua poco más de la ciudad de México, hay un ce-

rrito que los mexicanos llamaron en su lengua Tepeyacac, que quiere decir punta ó nariz de cerros, porque en él rematan los que le rodean.

En este sitio, pues, pasaba lo que voy á referiros. Era un sábado, día 9 del mes de Diciembre, del año de 1531, como diez después de la conquista de este país por los españoles que trajeron la verdadera fe de Jesucristo, cuando un indio cándido y sencillo, llamado Juan Diego, recién bautizado, caminando de su pueblo para la ciudad, muy de mañana, con el fin de oír la misa que todos los sábados decían en su templo los religiosos de San Francisco, al pasar por el cerrito, escuchó de repente una música tan suave y deliciosa, que le llenó de dulce admira-

ción; parecíale como el canto de muchos pájaros juntos que se correspondían unos á otros con suavidad y armonía inexplicable. Pasando un rato gustando aquella consonancia arrebatadora, levantó á pocos ojos á la altura del cerro, de donde le parecían venir aquellos concentos celestiales. Presentóse entonces á sus ojos un arco iris de hermosísimos colores en cuyo centro se miraba una gran luz, y acercándose á ella confiadamente, descubrió en medio de aquel trono luminoso una Señora de sobrenatural belleza, de aspecto regio y glorioso, pero benigno y sonriente al mismo tiempo, circundada de rayos brillantes de luz, coronada con ellos la cabeza, y el manto azul salpicado de estrellas. Esta linda Señora, des-

plegando sus labios más puros y bellos que los botones de narcaradas rosas, con una voz de dulzura infinita, llamó al neófito por su nombre, haciendo ademán de invitarle á subir al risco empinado cuya cima coronaba. Obedece gustoso Juan Diego, y al llegar á la presencia de la bondadosa Señora, ésta le pregunta: «Juan, hijo mío, ¿á dónde vas á esta hora?» El encanto de esa voz celestial traspasa su corazón de júbilo indecible, pero un sentimiento de filial confianza le reanima y responde: «Voy, Señora mía, á la doctrina que los Padres de San Francisco nos enseñan en Santiago de Tlaltelolco, y á oír la Misa de la Virgen, que se canta en su iglesia los sábados.» «Sabe, hijo mío, prosiguió la Señora, que yo soy María

Virgen, Madre del verdadero Dios; es mi voluntad que se me edifique un templo en este sitio y en él me mostraré piadosa madre contigo y con los tuyos, y con cuantos me invocaren para remedio de sus necesidades. Anda al Obispo, dile lo que has visto y oído, y cómo es mi voluntad que se me edifique un templo en este lugar. Yo te agradeceré con favores este obsequio.» El indio, encantado, subyugado profundamente con la dulzura de aquel acento que le parecía muy más suave que las músicas primeras, se apresuró gozoso á llevar el recado. Como embargado y fuera de sí, recorre la distancia que le separa de la ciudad, corre en busca del Prelado, y vencidas las dificultades que halló para hablarle, por fin lle-

gó á su presencia y narra sencillamente lo sucedido, y dió de parte de la Virgen María, Madre de Dios, el recado que le había sido encomendado. Este Obispo (pronto hecho Arzobispo,) era un religioso franciscano de ciencia y piedad, que se llamaba Fr. Juan de Zumárraga, quien oyó al indio, sin parecer dar gran crédito á sus palabras, porque así lo aconseja la prudencia en esos casos, diciéndole que en otra vez, después de pensarlo, le daría la debida respuesta.

Muchas reflexiones podeis hacer, niños cristianos, en esta historia: la primera, la bondad de la Santísima Virgen en bajar á visitar nuestro suelo para traernos tantos bienes: la segunda, su benignidad en escoger por mensajero á un indio

humilde y sencillo, porque ama mucho la sencillez y la humildad, y por eso debéis tratar de practicar esas virtudes; la tercera, cómo del mismo modo que el discípulo de Jesús, que nos representó á todos en el Calvario, recibiendo á María por su madre, se llamaba Juan, así ahora tanto el indio como el Prelado llevan el nombre de Juan, como representando á todos los Obispos y á todos los fieles de la Iglesia mexicana; la cuarta, cómo el indio caminaba á oír misa en sábado, y á estudiar la doctrina, dos cosas muy provechosas, en que debéis imitarle, pues muchos niños se aplican en la escuela á varias cosas, pero miran con tedio y pereza la instrucción en la doctrina, que es mucho más importante que todo; y

muchos no van á Misa entre semana, ni aun siquiera los sábados en honor de nuestra Madre querida, por perezosos y no querer levantarse temprano. Pero ya veis cuánto se agrada á la Virgen Santísima con quien la honra el día del sábado, pues en él hizo tan grande honra y beneficio tan señalado á nuestra nación. El niño que sea verdadero devoto de la Virgen María, que le recite cada día su rosario, que le consagre los sábados de un modo especial, logrará un día ver su amable hermosura, y escuchar su dulcísima voz, no por un rato como Juan Diego, sino siempre en el cielo.

---